

# GLORIA VERGARA

## El canto

El silencio encuentra el ritmo.  
Vuela, prueba del fetiche, y trae de golpe la plegaria.  
Hay que roer, entonces, las espinas:  
sacarlas del empeine  
con los dientes.  
Hay que dejar sobre la mesa  
el frasco vigilante,  
la ponzoña igual que antídoto.  
Que exploten las gaviotas  
cuando el mar divaga en su epilepsia.  
Todo canto incrusta la quijada,  
el aguijón.  
Todo canto ondula en pedacitos  
la lengua y el aliento,  
los ojos  
vuelan excesivos  
desgreñando un antifaz.  
Hay que dar vueltas a las cartas,  
pasar las velas encendidas a todos los insectos.  
La luna se disgrega como enjambre,  
huecas redes filtran sólo el ruido.  
Habrá que estrangular la voz,  
arrancar igual que plumas su jauría  
¿O qué,  
venimos todos a sentarnos

en el borde de la silla?  
¿A muletear los argumentos?  
Para cantar  
hay que bajar la mano,  
tenerla hasta que grite con sus dedos en la tierra.

Zumba el resplandor del canto,  
reza,  
danza vidrios en su espada.  
Hoy la vida es un grito equivocado  
en la línea dos del metro.  
Sucede la poesía igual que los suicidios,  
Goya se espanta en cada esquina.  
La vida es ahora un maniquí,  
un dudoso espantapájaros.  
Hay que volar más alto para ser.  
Hay que arrodillar cada sudor de Dios  
en este escalofrío,  
edificar de nuevo los conjuros,  
confundir los métodos en el gatillo.  
Que no entre en consternación el llanto,  
que dejen galopar los funerales,  
el sonarse de nariz  
en el pañuelo de los muertos.  
Hay que olfatear la consternación  
igual que un perro,  
derrumbar a patadas las cornisas.  
Porque más que la esperanza,  
nos teje la costumbre.  
Confeccionamos desgracias  
como en los hospitales se confeccionan dolores de parto.  
En este gran intestino  
el ruido nos perfora el esqueleto.  
Somos impresionistas,  
burgueses de la muerte.  
Nos embriaga la incendiaria voz,  
el día sonámbulo.  
No hay un clima en esta asfixia,  
rastreo ineludible,  
comunión siquiera en el espanto.